

BIBLIOTECA



Henry Fonda

Crónica de la narrativa española: cuentos para vislumbrar el mundo

En la literatura se agazapa todo aquello que nos cuesta comprender. Procurando poner orden al caos inabarcable de la *realidad* de la vida cotidiana para hacerla algo más inteligible, los escritores intentan responder a las preguntas que incessantemente emanan de la compleja relación ser humano-mundo (entendido éste como lo exterior, lo otro). La paradoja feroz del asunto es que, para tratar de representar las férreas normas de la vida y los entresijos del alma, y extraer de la pintura algún vislumbre de certeza, bastantes autores llegan a la conclusión de que, lo mejor, lo más aclaratorio es añadir preguntas a las preguntas, con la consiguiente desazón beneficiosa, y mostrar las sutilezas, neblinas y perplejidades que lo inundan todo. Y ese todo es profundamente extraño, casi siempre absurdo o incomprensible, y las más de las veces inhóspito: eso que, por falta de sustantivo mejor, llamamos «normalidad» y que en tantas ocasiones nos pone los pelos de punta con su implacable funcionamiento.

La magra reflexión anterior ha nacido de la lectura de unos pocos volúmenes de cuentos publicados

en España durante el año 2002 que llegaron hasta mi mesa por conducto insospechado. Desde algunos medios (cf. «El Cultural» de *El Mundo*, 13-19 marzo de 2002, donde se recogen cuentos de Tomeo, Monzó y Rivas, tres de los protagonistas de esta crónica) se ha querido ver un resurgimiento del cuento en la España de hoy favorecido por la adecuación de este género narrativo a los tiempos desquiciados de velocidades y empujones que vivimos. Algo de verdad debe haber en ello, ya que de la brevedad del cuento tradicional hemos pasado al relato hiperbreve o microrrelato, como también se le ha dado en llamar. Recopilaciones como *Por favor, sea breve* (Páginas de Espuma) o *Galería de hiperbreves* (Tusquets) ilustran este hecho. Pero cuentistas, incluso hiperbreves, los ha habido y muy buenos desde hace años (Monterroso, Cortázar, y entre los españoles Luis Mateo Díez o Javier Tomeo). Por otra parte, novelistas del día como Javier Marías o Francisco Casavella están en trance de publicar novelas de unas 1.000 páginas (*Tu rostro mañana* y *El día del Watusi*, respectivamente), con lo que el argumento de la velocidad se nos desmonta y la cosa se complica. Hoy, todo autor reconocido puede optar por la novela o el cuento y que su éxito final radique fundamentalmente en la calidad de la propuesta. Aunque es cierto que el peso histórico de la novela se mantiene dos o

tres cuerpos por delante en el gusto del lector (y no olvidemos el auge decisivo que la literatura del yo está experimentando), el reconocimiento del cuento como género literario no para de crecer enteros.

Los libros que paso a reseñar son de autores que han demostrado sobradamente su valía como cuentistas y que han coincidido en las estanterías con unas propuestas que se hermanan en la voluntad de reflejar lo que más arriba indicaba: los asombros y complicaciones del ser humano ante la turbamulta de sentimientos y desolaciones varias que le circundan y que tienen su raíz en los negocios, siempre en bancarrota, del mundo y de los días. Cada uno de estos autores, claro, tiene sus demonios dilectos y sus manías (in)confesables, pero todos ellos ofrecen una visión (más o menos) desolada del mundo. Así, estos narradores, *grosso modo*, con sus ficciones, dibujan un mundo que se vive como agresión y desencanto. El territorio de la pareja, el del trabajo, la incomunicación en las urbes macabras, la soledad y la desesperación, la violencia y sus derrames, el desencanto ante el paso del tiempo y sus carcomas serán los resortes sobre los que girarán estas píldoras morales (por lo que tienen de iluminación e indagación interior), estos estudios de la disolución que leemos en las mejores historias. Además, estos autores se pueden unir por una pareja voluntad de esti-

lo, ya que su prosa es ajena a la ampulosidad o al recargamiento. Es una prosa de tono menor, aparentemente sencilla, sin tropos líricos ni oropeles superfluos. Estos autores adjetivan lo justo y, si exceptuamos a Manuel Rivas (que también es poeta) y algunos párrafos de Luis G. Martín o Valentí Puig, buscan un objetivismo seco que no es descuido, sino ánimo de precisión. Su registro huye de exuberancias y en ocasiones se acerca al tono coloquial. Una última característica que enlaza estos libros se halla en la voluntad de dotar al conjunto de relatos de una coherencia estructural y temática que dé unidad orgánica al volumen.

El más reciente libro de cuentos de Javier Tomeo lleva por título *Cuentos perversos* (Anagrama). Estos microrrelatos (la mayoría no sobrepasan las 3 ó 4 páginas) ofrecen variaciones sobre esa manifestación de la maldad que se presenta en el título, la perversidad, y de la que tanto nos ilustrara Poe.

Tomeo tiene una extraordinaria capacidad narrativa para mezclar impasiblemente la realidad más burda con la ficción. Y es que la realidad, a poco que la achuchemos, siempre cede. Por ejemplo, Tomeo pone en pie de igualdad a personas y animales e incluso a éstos por encima de aquéllos. Lo perverso de sus cuentos no reside tanto en el interior de sus personajes (asimétricos, imperfectos) como en el mundo. Ése